

JULIEN GRACQ

A LO LARGO DEL CAMINO

TRADUCCIÓN DEL FRANCÉS DE
CECILIA YEPES MARTÍN-LUNAS

BARCELONA 2008



A C A N T I L A D O

TÍTULO ORIGINAL *Carnets du grand chemin*

Publicado por:

A C A N T I L A D O

Quaderns Crema, S. A., Sociedad Unipersonal

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona

Tel.: 934 144 906 - Fax: 934 147 107

correo@acantilado.es

www.acantilado.es

© Librairie José Corti, 1992

© de la traducción, 2007 by Cecilia Yepes Martín-Lunas

© de la fotografía de la cubierta, Ministère de la Culture – France/
AAJHL

© de esta edición, 2007 by Quaderns Crema, S.A.

Derechos exclusivos de edición en lengua castellana:

Quaderns Crema, S. A.

ISBN: 978-84-96834-26-2

DEPÓSITO LEGAL: B. 53.927 - 2007

En la cubierta: Julien Gracq, fotografía de Jacques Henri Lartigue

AIGUADEVIDRE *Gráfica*

QUADERNS CREMA *Composición*

ROMANYÀ-VALLS *Impresión y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *enero de 2008*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

Los pueblos de la Sologne parecen a menudo las dependencias, cuidadas y bien atendidas, de un castillo desaparecido del que se habría perdido hasta el recuerdo. Pequeñas casas bajas, a veces todas de ladrillo, siempre con un marco de ladrillo en la puerta y en las ventanas. Por encima de la moldura estrecha de la fachada, el elevado bonete de pizarra del tejado en aguilón puntiagudo se alarga sobre las cejas. La calle y las aceras parecen siempre recién barridas. Ni establo, ni granja, ni siquiera gallinero (¿para qué, cuando los faisanes picotean apaciblemente a lo largo de los senderos?), ningún ganado, ninguna ocupación que cubra de polvo o ensucie. Sólo pequeños jardincillos cerrados y a menudo floridos, una cenefa de flores—petunias, geranios—en la juntura de los muros con la acera. Estos pueblos donde se circula tan poco por las calles no hablan de abandono o deserción, como los pueblos evacuados de las mesetas de los Causses o los Corbières, sino más bien de una actividad oculta y semiclandestina, que huiría de día de los lugares edificadas y transcurriría silenciosamente del alba a la noche en el bosque, las landas y los eriales de los alrededores que la absorben; uno cree a veces atravesar un campo de disidentes meticulosos que, antes de echarse al monte y cerrar la tienda, han repintado las fachadas, bruñido los cobres y lavado con lejía las aceras. Hay un rastro de elegancia rústica y de nitidez algo distante en estos pueblos

más misteriosos que los demás, a cuya entrada uno espera distinguir, a su pesar, la alta verja de un parque; pero sólo la caza, y no el boato de la hidalguía, continúa sosteniendo aquí un vestigio de la arrogancia del nómada armado frente al labrador sedentario: el fantasma de una actividad noble y violenta, que no quiere caer del todo en lo plebeyo, hace que estos pueblos bastante pobres mantengan ese aire de *conservar su rango*.

El ciprés: intrusión severa, violentamente contestataria, del universo de los sólidos entre la loca agitación femenina, histérica, de las hojas y de las verguetas a cada instante movidas por el viento. Aquí todo es rechazo ejemplar de la flexión. Las ramas se cierran sobre el tronco como las varillas reforzadas de un paraguas, las puntas se pegan con fuerza como los pelos de un pincel encolado. Los frutos, mineralizados, con la extraña rigidez de los fósiles, hacen pensar en minúsculos balones de fútbol de costuras estalladas, aunque a esos segmentos disjuntos que provocan a la uña ninguna fuerza puede separarlos.

El valle del Jura más agradable que conozco es el que he recorrido entre Les Rousses y Bois-d'Amont. El azul ceniciento de las lejanías donde el valle se sumerge suavemente más allá de la frontera, la nitidez de las lindes del bosque de píceas, tupido, y como lustrado, que tapiza las dos bóvedas laterales, la suavidad de las pendientes, el verde luminoso de las praderas, el rosario suelto de las casas montañosas del Jura, grises y algo toscas, pero de las que me gusta la

firmeza de su asiento y la rudeza sin complacencias, el lago minúsculo, de un azul gélido, y sobre todo una modestia argentina y fresca en el bienestar que emanaba del valle cerrado, de la hierba regada, del sonido de las campanillas y del perfume del serrín nuevo, creaban, si no una imagen por completo acabada de la belleza, sí al menos de la felicidad; durante un instante, uno solamente deseaba vivir allí. *Bois d'Amont*, con su sementera de cubos desgranados a lo largo del valle, no es solamente la huella abandonada de un Pulgarcito de la montaña camino del bosque que lo encierra, es también un pueblo modestamente industrial que oculta sus realizaciones tras las paredes de planchas de madera de sus cobertizos: «su vaso no es grande, pero bebe de su vaso»,¹ el de (como proclama con orgullo un panel a la entrada del pueblo) la *Capital de las cajas de queso en píceas de calidad*.

Una mañana de septiembre, que debía algo de su luz mojada y de su destello al diluvio tormentoso que había atravesado la tarde anterior entre Caussade y Cahors, tomé la carretera que va de Fumel a Périgueux y sigue durante bastante tiempo un valle muy recóndito que me parecía un valle perdido del Edén. No hay casas a lo largo del camino, ni granjas: un paisaje ampliamente dibujado de altos oquedales y bosquecillos crespos de nogales que recortaban

¹ «Je hais comme la mort l'état de plagiaire [Odio a muerte el plagio]; *Mon verre n'est pas grand, mais je bois dans mon verre*» (Alfred de Musset, dedicatoria de *La coupe et les lèvres*). (Excepto donde se indique, las notas son de la traductora).

unas praderas empapadas de aguas vivas; bajo las sombras alargadas, y casi azules todavía, de la mañana temprana, la distribución amplia de hierbas y de follajes era tan seductora que uno se sorprendía de no ver correr a lo largo de la carretera la barrera blanca de la cerca de un parque. Tras una curva del camino solitario, la empinada cortina de los árboles de la ladera más abrupta se abrió un instante, y un racimo de casas allí encaramadas pareció desprenderse y expandirse por el aire azul, encima de las ramas: pequeño ramo urbano, apiñado y aéreo, blandido por encima de los árboles que semejava tanto más una aparición cuanto que sus casas con arcadas hacían pensar, más que en el Périgord, en esas villas enanas de los Apeninos y de los Abruzos que tan decorativamente cubren la cima de un pico perdido. *Belvès* es el nombre de esta belleza enclaustrada del bosque del Périgord Negro, y merecería que todo *belvedere* tomara de ella su nombre: ¡dichoso aquel que sabe dejar el camino a tiempo para adentrarse en el pequeño sendero blanco que escala sus jardincillos y terrazas y el anillo de callejuelas herbosas que lo ciñe—para sentarse un momento, al sol de las diez, en el café en sombra, con ventanas de medio punto, que cierra tras sus macetas de laureles el fondo de la placita recién regada!

La carretera se sumerge y zigzaguea por el pliegue abierto del bosque y, de repente, se transforma en una calle de pueblo empedrada como el lecho de un torrente. Con sus tejados de tablas hechos para las altas nieves, sus granjas con claraboya de troncos a escuadra, los arroyos cantarines de sus callejuelas afluentes, y la panoplia de planchas er-

guidas de sus serrerías, que vallan y llenan la calle mayor con su olor a madera fresca, el pueblo que se alarga en toda su longitud por la vaguada del valle arbolado parece construido con los restos seleccionados e industrialmente utilizados de una tala forestal: es *Lapoutroie*, en la vertiente alsaciana de los Vosgos.

Lucerna bajo una negra lluvia de tormenta: negras son las montañas, negro es el lago de tinta; aún mucho tiempo después del aguacero, en el crepúsculo, las avenidas de árboles que bordean el muelle, más tupidas bajo el resplandor de los arcos eléctricos, gotean lentamente. A la derecha, el agua aceitosa chapotea entre el muelle y las *restauraciones* flotantes donde se cena a la luz de lámparas; a la izquierda, los altos ventanales de medio punto, iluminados, del casino y de la fila de grandes hoteles azotados por los follajes—más abiertos que las arcadas suspendidas de Saint-Sulpice que sirven de porche al aire azul—dan sobre escaleras de mármol, hachones de bronce, arañas de Venecia, colgaduras de terciopelo rojo drapeadas como telones de boca. Escalones de mármol, hachones, arañas, colgaduras, todo impresiona por una desmesura compacta y desértica; no se ve a casi nadie; el vacío desplegado y opresivo, tan amplio que se diría polvoriento, es el mismo que sorprende la cámara, en el prólogo del filme *El año pasado en Marienbad*, al deslizarse por una sucesión de salones evacuados. No es el refugio del lujo lo que representan estos lujosos hoteles orgullosamente antifuncionales, es la escena ostentosa y fantasmagórica, e incluso es su Ópera. Lo que se aventura para la imaginación, con una palidez y un gesto teatral, sobre

esas explanadas resonantes y a lo largo de la muralla encañonada de terciopelos rojos, no tiene, y no podría tener, con el mundo de 1980, trato alguno: es el perfil del tenor De Reszké, tal como blasona aún los paquetes de cigarrillos, es una *diva* de la época de Caruso o de Chaliapin del brazo de un archiduque de incógnito, el plastrón con chorreras del banquero Reinach la víspera del crac de Panamá, es el dolmán azul del Rey Virgen o—muy querida por Barrès y asesinada no lejos de aquí, en el embarcadero de un lago suizo—la emperatriz de la Soledad.

Hay una elipsis del recuerdo que, a la manera de la heráldica, vincula a veces ciertos lugares visitados rápidamente, o atravesados a lo largo de la carretera, con dos o tres atributos estilizados que los representan con orgullo, como hace un escudo, demediado o a lo sumo partido en cruz, sobre la puerta de una ciudad. *Sancerre* rechaza en el recuerdo cualquier otro emblema que no sea la perfecta vista panorámica que se tiene cuando nos alejamos por la carretera de Henrichemont: nada más que el cono de la verde colina de viñedos, que cambia suavemente de color hacia su punta, y sujeta los tejados apiñados de la ciudad, parecidos a las sonrosadas escamas del espárrago, como un brote terminal.

Me ha gustado circular perezosamente, en España, por las carreteras secundarias que dan vueltas entre los eriales recocidos del verano, espinosos y aromáticos, durante leguas y leguas sin encontrar un pueblo. La larga carretera tortuosa, por ejemplo, por la que conduje toda una mañana entre

Teruel y Alcañiz. La carretera de Burgos a Logroño. La que une Sigüenza con Soria. El circuito zigzagueante que recorrí al oeste de Tortosa, por las pequeñas montañas donde El Ebro se encaja aguas arriba de su delta. Al final de esas carreteras tórridas y chisporroteantes, uno se encontraba la placita de Alcañiz, tan fresca, igual que un pozo de sombra, o la terraza bajo los soportales de Logroño, y el vino de Rioja, como una escala tras horas en alta mar. Sobre todas las pendientes de las sierras bajas se enganchaba una vegetación garruda, un monte breñoso, medio calcinado, de una textura rizada y crespa, pero sin los olores tenaces que suben de la *macchia* corsa. Más cerca, por su altura, de la *garrouille* o *carrasca* del Quercy que de la landa. Enrojecida como por un fogonazo bajo el sol, con algo de la tristeza de nuestros montecillos de robles en invierno provistos de sus hojas secas colgantes.

Para el recuerdo que reconstruye y simplifica, no hay, aparte de estos pasos espinosos de la sierra, más que un solo tipo de carretera en España: los caminos de las altas llanuras, panorámicos de un extremo a otro, y lunares, menos porque se rueda por el mismo suelo desnudo que porque el radio de nuestra esfera parece reducirse y un simple dorso de llanura domina las distancias como lo haría una montaña. La carretera de Valladolid a Salamanca, su *meseta* polvorienta con tintes gastados de tapiz que muestra el cañamazo, ya color de león, ya color de carnero; la de Ávila a Segovia, donde la mitra pesada y alta de la catedral, a más de sesenta kilómetros, se asoma sobre el gris azulado de la lejanía. O también el largo valle llano que inflamaba de amarillo incandescente el sol que descendía sobre el horizonte detrás de mí, y que se va ensanchando entre Calatayud y Teruel.

El frío de las mesetas de España. Recuerdo el largo camino de noche que hice desde Soria, y sus hoteles sin acogida, hasta la carretera general de Madrid a Zaragoza, donde encontré refugio tardío en un *albergue de carretera* que acababa de abrir. Un manto de aire polar y liso descendía por el declive de la meseta, soplabla sin dar tregua, aquella noche de finales de agosto, un frío de luna muerta: más penetrante aún en aquel alto en el viaje entre los muros encalados y bajo las negras vigas de roble, el mismo frío monástico que resbala hasta el corazón y que en la obra de Montherlant impregna la casa del *Maestre de Santiago*.

Ajaccio: playa de *Ariadna*. Dejábamos la ciudad por la mañana en autobús, establecíamos nuestro cuartel general en un pequeño bar de la playa. Comíamos de manera sencilla al mediodía, sobre la arena, bajo una débil sombrilla, pero excelentemente, pescado a la brasa y fruta, entre el zumbo de avispas de la canícula. El tocadiscos del establecimiento, que se activaba desde muy temprano para toda la jornada laboral, sólo disponía de cuatro o cinco discos, entre los cuales sonaba una y otra vez, ritualmente, como en Londres el himno nacional tras la película, *L'Ajaccienne* cantada por Tino Rossi:

*Que sea festejado en su casa
El hijo pródigo de la gloria
¡Napoleón! ¡Napoleón!*¹

¹ «Qu'il soit fêté dans sa maison | L'en-enfant prodigue de la gloire! Napoléon! Napoléon!».

Hacía bueno, inalterablemente. Desde las siete de la mañana, cuando salíamos de la casa, el calor seco hacía vibrar las calles: fueron ocho días enteros de un azul de plata, cosidos el uno al otro, más que separados, por el breve entreacto de la noche de terciopelo. Apenas llegábamos, nos desvestíamos y nos metíamos en el agua, explorando con una curiosidad inagotable la fauna y la flora de esos fondos transparentes: las escafandras eran entonces una novedad; apenas secos sobre el asador de la arena, nos metíamos en el agua; cuando emergíamos, y nuestros oídos se destaponaban, una voz flojita de tenorino resonaba obstinadamente sobre las aguas, en la distancia, como una revancha musical de Trafalgar.

Lannes, Murat, el Estado Mayor
*Lannes, Murat, el Estado Mayor*¹

Al final de la tarde, el cielo palidecía lentamente detrás de las montañas cuya cordillera, al otro lado del golfo, huía oblicuamente hacia el sudoeste, pero el calor permanecía asentado sobre las colinas y sobre el mar, inalterable; volvíamos «cansados pero no saciados»² de sol, de destellos y de frescor. El estribillo obsesionante de *L'Ajaccienne* en nuestros oídos terminaba por asociar sin querer el nombre del Corso solar, nacido el día de la Virgen, con esta asunción de luz y de calor: fue una semana entera, una semana magnífica de *Napoleonwetter*.³

¹ «Lannes, Murat, l'état-major | Lannes, Murat, l'état-major».

² La expresión «lassé(e), mais non rassasié(e)», procede de Juvenal y fue utilizada por Baudelaire en «Sed non satiata», uno de los poemas de *Las flores del mal*.

³ En la Alemania nazi, se denominaba *Hitlerwetter* («el tiempo